
HARLEQUIN Pasión™
Seducción inevitable
Kathleen O'Reilly
Bajo control
Lori Wilde

Seducción inevitable

Kathleen O'Reilly

Bajo control

Lori Wilde



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Kathleen Panov. Todos los derechos reservados.
SEDUCCIÓN INEVITABLE, Nº 29 - mayo 2010
Título original: Hot Under Pressure
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.

© 2003 Laurie Vanzura. Todos los derechos reservados.
BAJO CONTROL, Nº 29 - mayo 2010
Título original: Packed with Pleasure
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Harlequin Pasión son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8517-1
Editor responsable: Luis Pugni
Imágenes de cubierta:
Hombre: GIZMO/DREAMSTIME.COM
Vela: ATANEMA/DREAMSTIME.COM

Índice

Seducción inevitable.....*pág. 5*

Bajo control.....*pág. 223*

Seducción inevitable

Kathleen O'Reilly

1

Ashley Larsen pasó prácticamente por encima de una familia de tres al tiempo que murmuraba unas palabras de disculpa. En realidad, por muy elegante que fuera aquel avión, no había modo adecuado en el que una pudiera llegar a su asiento con la dignidad intacta. Además, el pequeño de la familia de tres no hacía más que pincharla en el trasero y reírse a carcajadas. Su madre, mientras tanto, trataba de fingir que no ocurría nada.

Con una tensa sonrisa en el rostro, Ashley pasó por delante de aquel mocoso rebelde y consiguió sentarse con un suspiro de alivio. Odiaba los cinco asientos de la fila central. ¿A quién podía haberle parecido que algo así podía ser una buena idea?

Afortunadamente, por fin había conseguido sentarse, aunque, a partir de aquel momento, le aguardaba su verdadero desafío: prepararse para el des-

pegue. Sacó la bolsa de plástico de su equipaje de mano y metió su maleta debajo del asiento anterior. Entonces, con un gesto de furia, se quitó los zapatos y se colocó sus cómodas zapatillas de conejitos color rosa. Si iba a morir en el aire, al menos, quería que fuera con algo a lo que le tuviera mucho cariño.

Ashley odiaba volar. Le aterraba la idea de moverse a través del cielo a miles de metros de distancia del suelo, pero tampoco le gustaba ser esclava de sus temores por lo que, como mecanismo de supervivencia, había creado un ritual propio antes de empezar a volar. Todos los meses, cuando despegaba del aeropuerto O'Hare para uno de sus viajes, seguía meticulosamente el mismo ritual para tratar de mantener la cordura. Fuera como fuera, funcionaba.

Muy pronto, todos los pasajeros estuvieron sentados y las azafatas comenzaron con las comprobaciones pertinentes antes de despegar. Justo cuando Ashley terminaba de prepararse muy adecuadamente para despegar, otro pasajero entró en la cabina y reclamó el único asiento libre que quedaba en el avión. Justo el que quedaba entre Ashley y la familia de tres.

Se puso a mirar hacia la ventanilla. Normalmente no era una persona grosera, pero su miedo a volar le sacaba todos los demonios que tenía dentro. Valerie, su hermana, decía que aquellos viajes le venían bien para conseguir superar sus miedos, que el único modo de superar una fobia era enfrentarse a ella. Ashley había pensado en muchas ocasiones que iba a dejar de escuchar a su hermana, pero no aquel día. Aquel día necesitaba su ritual.

Un poderoso muslo rozó el suelo. Ashley se sobresaltó.

—Lo siento —dijo una voz profunda y masculina. Ashley se dio la vuelta para mirarlo y la sonrisa cortés que había dibujado en el rostro se le congeló inmediatamente.

¡Vaya hombre!

Iba vestido con unos pantalones de color caqui y una camisa blanca, algo arrugada, que, en la mayoría de los hombres, tendría un aspecto lamentable, pero en él... En ocasiones, el hábito hace al monje, pero, en aquella ocasión, era exactamente al contrario.

En todas sus horas de vuelo, que Ashley había compartido con señoras de edad, familias varias y obesos hombres de negocios, nunca antes se había sentado junto a un hombre que tuviera una hermosa sonrisa, unos maravillosos ojos castaños y un magnífico cuerpo que parecía suplicar que lo dejaran al descubierto.

Ashley tragó saliva.

—No pasa nada —dijo ella un segundo antes de volver a apartar la mirada.

«Vamos, Ashley, flirtea un poquito. Sonríele. A los hombres les gusta eso».

Era la voz de Valerie. La primera vez en tres años que Ashley sentía calor entre las piernas y ella se ponía a escuchar a su hermana pequeña.

—Creía que no iba a conseguir llegar —comentó el hombre.

Ashley no sabía qué hacer. Le habría gustado seguir charlando con aquel hombre tan guapo, pero

era consciente de sus zapatillas. Trató de ocultarlas bajo el asiento, pero resultaba casi imposible por la falta de espacio.

—Pero lo ha conseguido —replicó ella con una sonrisa. Entonces, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se detuvo en seco.

—He tenido que recorrerme toda la terminal corriendo porque el próximo vuelo a Los Ángeles no es hasta mañana a las seis y yo sólo quiero terminar con esto. ¿Se ha sentido así en alguna ocasión?

—Siempre.

Él sonrió. Entonces, frunció el ceño inmediatamente. Estaba mirando hacia el pasillo.

Debía de estar casado. O al menos tener pareja.

Sutil pero inconscientemente, Ashley le miró la mano izquierda. No estaba interesada. No necesitaba un hombre. Ni siquiera lo deseaba, por mucho que Valerie insistiera en ello. Por eso no entendió el saltito que le dio el corazón al comprobar que no había anillo.

Mientras consideraba sus propias reacciones, observó cómo la azafata sacaba un chaleco salvavidas para demostrar los procedimientos de seguridad. Ashley se imaginó flotando sola en el océano, con las manos ateridas de frío, el rostro con un ligero color azulado y los pulmones debilitándose poco a poco. Se agarró con fuerza al reposabrazos. Sabía que el lago Michigan tenía una temperatura de unos quince grados en abril, lo que no estaba tan mal, pero había visto la maldita película de *Titanic*. No quería vivir la experiencia.

—¿Es su primer vuelo? —preguntó el guaperas

con una hermosa sonrisa que tuvo el inesperado efecto de calmar los temores de Ashley.

—Desgraciadamente no. El año pasado me dieron una tarjeta platino por mis numerosos vuelos. Sencillamente, soy una cobarde de corazón.

—Lo siento —dijo él. Los ojos color avellana parecían tener un cierto brillo verdoso, cálido y terrenal, que conseguía distraerla de sus temores más que el relajante muscular. Ese hecho le recordó que hacía mucho que no tenía relaciones sexuales.

—No tiene por qué. Es herencia familiar. Así somos los Larsen.

El desconocido volvió a sonreír. Ella sintió cómo su delator corazón volvía a palpitar con fuerza. Apartó la mirada de aquellos cautivadores ojos verdes y se fijó en el niño de la familia de tres, que parecía estar preparando su siguiente travesura.

«Pregúntale su nombre».

«No».

«Se trata sólo de un nombre, una presentación cortés. No le estás invitando a nada».

«No me importa. Cállate, Valerie».

«Pero si ni siquiera estoy aquí».

«Lo sé. Juro que cuando aterrice voy a ir a ver a un psicólogo».

«No seas gallina, Ashley».

«Sé perfectamente que lo soy. No hay más».

«¿Por qué me molesto contigo?»

«Porque eres una sádica y disfrutas con mi dolor. Te hace sentir superior».

«Ni siquiera estoy aquí...».

—No me hables —murmuró Ashley mientras se

preguntaba si escuchar los sermones de su hermana significaba que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Ciertamente eso era lo que parecía.

—¿Cómo dice? —preguntó el guaperas.

—Oh. No me refería a usted. Oigo voces.

Él levantó las cejas. Tenía una fantástica sonrisa en el rostro, aunque no era una sonrisa completa, sino más bien un gesto de la comisura derecha de la boca, que iba adornada de un minúsculo hoyuelo.

—¿Es parte de la fobia?

—No. Mi hermana psicótica. ¿Tiene usted una hermana psicótica?

—No.

—Pues no sabe la suerte que tiene. Yo siempre he pensado que habría estado bien tener un hermano, siempre que no sermonee.

—¿Y su hermana le sermonea?

—Sí. Como si fuera mi madre.

—Vaya, lo siento.

Se había vuelto a disculpar. Ashley pensó en lo raro que resultaba oír disculparse a un hombre. Jacob jamás se había disculpado. Ni siquiera una vez.

Justo en aquel momento, Junior, que así se llamaba el niño de la familia de tres, decidió apuñalar al guaperas con una pajita en la mano. Él soltó un grito y se agarró con fuerza al reposabrazos, atrapando sin querer la mano de Ashley.

Ella también soltó un grito mientras Junior se reía como un histérico. Su madre, muy cortésmente, miró en la dirección opuesta como si estuviera

completamente en paz con el mundo. Los relajantes musculares producían ese efecto en una persona.

El guaperas apartó la mano de la de Ashley y la miró. Los ojos verde avellana le dedicaron una mirada de verdadero pánico. Parecía haber comprendido la seriedad de su situación: cuatro horas sentados junto al terror de los cielos.

—Acaban de soltarlo —susurró Ashley—. Lo buscan en cuatro estados. Vi su rostro en un cartel que estaba colgado en la oficina de correos.

El guaperas se inclinó hacia ella. Ashley sintió el cálido aliento que emanaba de sus labios contra la piel.

—¿A usted también la ha apuñalado?

—No, pero me ha sometido el trasero a un magreo de tercer grado.

—¿De verdad? —preguntó él con una sonrisa—. Estamos frente a un cerebro criminal con muy buen gusto.

«Está ligando contigo, Ashley. Está ligando».

«Cállate, Valerie».

—¿Para qué va usted a Los Ángeles? —preguntó Ashley, comenzando también a flirtear con el desconocido—. ¿Se debe a trabajo, vacaciones o simplemente para tener un cambio de aire?

—Trabajo —respondió él mientras golpeaba suavemente con los pies la bolsa de un ordenador—. Soy analista empresarial. ¿Y usted?

—Voy a comprar ropa.

El desconocido la miró de la cabeza a los pies y se dio cuenta por fin de las zapatillas de conejito que ella llevaba puestas.

—¿Tanto le gusta ir de compras?

—Soy dueña de algunas boutiques —dijo.

Se había comprado las tiendas como regalo para sí misma tras su divorcio. Había tratado con ello de reinventar su vida, pero el negocio no había funcionado como ella esperaba. El olfato empresarial de Ashley no había aparecido mágicamente, tal y como Valerie había esperado. El hecho de tener buen ojo para los colores y los estilos no bastaba. De hecho, en los últimos meses, sobre todo cuando tenía que pagar sus innumerables facturas, había pensado en vender. Además, le habían subido el alquiler por segunda vez en dos años y ella había empezado a sentirse convencida de que no estaba capacitada para llevar un negocio.

De repente, cuando sintió que el avión comenzaba a dar marcha atrás, sintió el ya familiar vacío en el estómago.

—¿Asustada?

—Estoy bien —replicó Ashley. Y así sería. A pesar de sus muchos problemas, Ashley era una superviviente. Cuando se encontraba trabajando en un escaparate nuevo, rodeada de maniquíes ataviadas de hermosas prendas, era capaz de recuperar el sueño. Podría conseguirlo. Lo único que necesitaba era mantener la fe.

Le dedicó al desconocido una débil sonrisa. Él no había retirado la mano. Se la mantenía agarrada en un gesto que se suponía que debía ser reconfortante.

«Si movieras un poquito el pulgar, a modo de pequeña caricia...».

«Cállate, Valerie».

Él tenía las manos grandes, cálidas, con largos dedos que parecían ofrecer infinitas posibilidades.

—¿Va todo bien?

—Genial.

Justo en aquel momento, los motores comenzaron a rugir. Rápidamente, Ashley sacó una bolsita para vomitar.

Por si acaso.

David McLean no se había sentido muy emocionado ante la perspectiva de ir a Chicago para ver a su hermano. Ex hermano. Chris había perdido todo el derecho a utilizar aquel título familiar después de acostarse con la esposa de David. Habían pasado ya cuatro años desde aquello, pero a David aún le escocía.

Sin embargo, al ver a la desconocida enfundada con unas zapatillas de conejito que tenía a un lado y al pequeño monstruo que tenía al otro, sintió que algo muy poco familiar se le dibujaba en el rostro. Una sonrisa.

La mujer le gustaba. Tenía el cabello oscuro, casi negro, unos dulces ojos pardos y una nariz que era demasiado grande como para ser simplemente respingona. Sin embargo, le daba algo distintivo a su rostro: carácter. Además, tenía una hermosa boca de labios gruesos que estaban siempre ligeramente separados, como si fueran los de un niño que ve el mundo por primera vez... o una mujer que está a punto de tener un orgasmo.

Algo se le estaba despertando en los pantalones y suponía un gran problema. El sexo convertía a los hombres en perros estúpidos. Como ejemplo, lo que le había ocurrido a Chris con Christine. Cuando le presentó a su hermano por primera vez a la que iba ser su futura esposa, los tres se rieron de lo parecidos que eran los nombres de éstos. Cuando los encontró a los dos en la cama, la cosa dejó de tener gracia.

Lanzó una mirada furtiva a las zapatillas de conejito.

—Me llamo David —dijo.

—Ashley.

—¿Eres de Chicago?

—Nacida y criada aquí. Seguramente moriré también en esta ciudad. ¿Y tú? ¿Eres también de Chicago?

—No. De Nueva York.

De repente, algo hizo que David mirara hacia la ventanilla. El avión había dejado de avanzar por la pista de despegue y se dirigían de nuevo a la puerta por la que habían embarcado en la nave.

Ashley también se dio cuenta.

—Ocurre algo, ¿verdad?

Estaba a punto de llamar a la azafata para que la informara cuando el capitán comenzó a hablar por la megafonía del avión con una voz tranquila y sosegada, que sólo consiguió que Ashley se pusiera más nerviosa.

—Señoras y caballeros, acabamos de tener una avería mecánica sin importancia. Nada de lo que preocuparse. Voy a regresar a la puerta de embar-

que para que los mecánicos puedan realizar las comprobaciones necesarias. Tendremos que estar aquí durante un rato, así que podrán desembarcar si quieren. Les recuerdo que necesitarán su tarjeta de embarque para poder volver a montar en el avión.

—¿Significa eso que no vamos a volar? —preguntó ella. David notó inmediatamente el alivio que se le había reflejado en la voz.

—Claro que vamos a volar —respondió David. Quería tranquilizarla, pero, más que nada, necesitaba regresar a Los Ángeles. Cuando antes se marchara de Chicago, mejor.

—No me pienso quitar las zapatillas. No me pueden hacer eso.

—No pasa nada. Estoy seguro de que no tardaremos mucho.

—¿Qué clase de problemas mecánicos crees que tiene el avión? Una vez, yo tenía que ir en avión a Miami. Pensaron que había problemas con el tren de aterrizaje, pero luego resultó que todo estaba bien.

—En una ocasión, yo iba a Houston. El motor se paró... —dijo él. Entonces se percató de que ella había abierto los ojos como platos. Decidió no dar más detalles—. Lo siento. No pasó nada. Aterrizamos bien. Tienen motores de refuerzo, por si falla algo.

Se dio cuenta de que no la estaba ayudando, por lo que decidió que era mucho mejor callarse.

Maldita sea... Le gustaba hablar con ella. Normalmente, durante los vuelos sacaba su ordenador

y se ponía a trabajar, pero, aquella tarde, estaba un poco confuso. Dos semanas atrás le había dicho a su ex esposa que tenía que ir a Chicago para una reunión de trabajo. No debería haberla llamado. Christine le había dicho que estaba embarazada. Al final, David había decidido mentir y le había dejado un mensaje en el que le comunicaba que, después de todo, no iba a pasar por Chicago.

A David no le gustaba ser un cobarde. Jamás lo había sido. Tan sólo en esa ocasión.

Lo del embarazo le había dolido. No se trataba de que quisiera recuperar a Christine, pero le había escocido mucho que prefiriera a su hermano, que la palabra «fidelidad» no formara parte de su vocabulario y que él, como profesional que evaluaba negocios que movían millones de dólares a diario, no hubiera sabido elegir a la esposa perfecta.

—Conozco un pequeño café en la Terminal 1 —comentó. No quería quedarse allí sentado evaluando las implicaciones sociales que tenía el hecho de tener un sobrino que era el hijo de su ex esposa. Algo de comer resultaba mucho más atrayente. Entonces, le miró los pies—. Huy. No importa.

—¿El que hay al lado de la Puerta 12?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Claro. Como allí en muchas ocasiones —dijo ella. Separó aún más los labios, atrayendo los ojos de David. Aquello olía a problemas—. Hay pocas cosas que me animen a quitarme mis zapatillas, pero lo hago por un perrito caliente y un motor de avión averiado. Vayámonos antes de que Junior engulla otra barrita de chocolate.

2

Se llamaba David McLean. Tenía el cabello castaño, con un corte muy conservador que le sentaba muy bien. Sí. Jamás se parecería a un modelo de pasarela, pero había algo en él que le fascinaba. Era curioso e inteligente. Preguntaba sobre todo, pero no parecía tan dispuesto a hablar sobre sí mismo. Al final, descubrió por qué.

Estaba divorciado. La mandíbula se le tensó al mencionarlo, por lo que Ashley estaba segura de que no había sido un divorcio amistoso.

El restaurante estaba tranquilo, sumido en una tenue luz. Los camareros y camareras trabajaban con eficacia y los pequeños cubículos resultaban perfectos para las confidencias.

—No es fácil, ¿verdad? —comentó ella pensando en su propio divorcio.

Dos semanas de orgullo herido, muchas más en

la que tuvieron que solucionar el tema económico para dividir entre ambos las pertenencias que tenían y cinco meses de preguntas incómodas y de consejos bienintencionados por parte de los amigos. Entonces, Ashley se levantó una fría mañana de diciembre y supo que todo iba a salir bien. Iba a poder sobrevivir. Mientras estaba en ese estado tan frágil Valerie la convenció para que hiciera algo radical con su vida, para que viviera su sueño y comprara una cadena de cuatro pequeñas boutiques en Chicago. Para volver a empezar.

—¿No te va muy bien? —le preguntó David cuando ella le dijo a lo que se dedicaba.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. No pareces tener la *joie de vivre* que tienen los dueños de muchos pequeños negocios cuando las cosas van bien.

—¿Es que ves a muchos dueños de muchos pequeños negocios?

—Oh, sí. De Omaha a Oahu. Kalamazoo a Klondike. He visto muchos.

—Oh.

—Ser el dueño de su propio negocio implica mucho trabajo. Yo me siento y les explico a esas personas cuánto vale su negocio, lo que están haciendo mal y recomiendo a nuestros inversores si deberían entrar en ese negocio o no. Mi trabajo es la parte más fácil. Después, examino la operación, hablo con unos cuantos clientes y proveedores, hago números y me voy al siguiente negocio. A la siguiente oportunidad.

—Yo antes era agente de reclamaciones de se-

guros —comentó ella. David hizo un gesto divertido con los labios. Ella lo interrumpió—. No me lo digas. Lo sé. Tengo todo el aspecto.

—No. De una agente de seguros, no. Tal vez de una librera o de una pastelera. Algo más personal.

—Yo creo que eso es un cumplido.

—Lo es. Eres demasiado mona para el negocio de los seguros. ¿Por qué el mundo de la moda?

«Mona. Cree que eres mona».

«Es de Nueva York»

«¿Y a quién le importa? Aprovéchate, Ash».

Durante un segundo, ella lo miró a los ojos... algo más osadamente de lo que solía.

—Quiero demostrar algo. Quiero tomar una planta y alimentarla, cuidarla, regarla y ver cómo florece.

—Florista. Te veo de florista —afirmó él, chascando los dedos.

Ashley se echó a reír.

—No, no... De florista nada. Quería hacer algo que pudiera dirigir. Algo que me representara un desafío. Me sentía atrapada y necesitaba demostrar que podía hacer algo diferente.

—¿Y la moda representa un desafío?

—Sí —respondió ella. Los hombres no tenían ni idea. A ella le había llevado dos horas decidirse por la falda amarilla, una camiseta verde pálida perfecta y un collar de cuentas de cristal. El atuendo le quedaba maravillosamente con su cabello y, lo mejor de todo, no dejaba arrugas en los viajes.

—Buena suerte.

—Gracias.

—Bueno —dijo él, reclinándose en el asiento. Entonces, observó los monitores en los que se anunciaban las salidas—, creo que es mejor que regresemos a la puerta de embarque.

—¿Tienes muchas ganas de marcharte de aquí? —preguntó ella, tras notar la tensión que se le había reflejado en el rostro.

—No. No es eso.

Ashley sabía lo que le ocurría.

—Negación. No te preocupes. Las cosas mejorarán.

—¿Han mejorado en tu caso?

—Oh, sí —mintió ella. No habían empeorado, pero tampoco habían mejorado. Estaba sumida en una especie de limbo posdivorcio del que no sabía cómo salir.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste con alguien?

—No hace mucho tiempo.

—¿Cuánto?

Ashley se rebulló en su asiento.

—No sé... —respondió vagamente. Llevaba tres años y ocho meses divorciada, pero no le apetecía la idea de volver a salir con nadie. Le parecía que estaba mal. Tenía treinta y dos años y no podía salir para ir simplemente a sentarse en un bar. Si se apuntaba en una agencia matrimonial tenía miedo de que nadie la eligiera. Además, la mayoría de las citas a ciegas que había tenido habían sido decepcionantes.

—¿Hace más de un año?

—Tal vez, pero he estado ocupada.

David permaneció en silencio durante un instante antes de contestar.

—Lo comprendo. Yo no soy uno de esos hombres que tiene que estar casado. Cocino y me lavo yo solo la ropa. Soy muy independiente.

—En ese caso me parece que estás en la situación idónea...

—Eso creo. ¿Y tú?

—Oh, sí...

De repente, decidió dejar de fingir. David estaba en su misma situación. Sabía exactamente lo que se sentía. ¿Por qué no decir la verdad? Ashley echaba de menos cocinar para dos, despertarse los domingos por la mañana y no tener que planear el día. Regresar del trabajo y comentar lo ocurrido en su jornada laboral. Había estado casada siete años. No había sido el mejor matrimonio del mundo, pero...

—A veces lo es, pero a veces no. Bueno, ya sabes. Hay cosas que echo de menos.

—Sí...

—Por la noche me siento sola.

—Exactamente.

—Es decir, sé que puedo pedirle a Valerie que venga a ver una película conmigo, pero a mí me encantan las películas de terror por la noche y a mi hermana le dan mucho miedo. Lo único que vemos son dramas históricos. De algún modo, ver televisión resulta más entretenido si es con otra persona.

—Claro. Creo que deberíamos volver al avión.

—¿Volver al avión? ¿Al lado de ese niño? De-

bes de ser tan sádico como Valerie —comentó ella riendo.

—Tal vez esté dormido.

Cuando volvieron al avión, no tuvieron esa suerte. Junior estaba muy activo, seguramente por todo el chocolate que parecía haberse comido a juzgar por las manchas que tenía en la cara. No hacía más que saltar encima del asiento, pero, al menos, no parecía tener a mano ningún tipo de objeto que pudiera utilizar como arma.

David observó cómo Ashley se cambiaba de nuevo de zapatos y se dio cuenta de que tenía unos pies verdaderamente bonitos. Suaves, compactos, con bonitas curvas. Sintió que su miembro viril se rebullía un poco y apartó la mirada. ¿Excitado por unos pies? Estaba perdido... completamente perdido. Hacía mucho tiempo desde la última vez que había estado en compañía de una mujer soltera. Después del divorcio, se había consagrado por completo a su trabajo porque le gustaba y se le daba bien. Si no podía tener una vida familiar, al menos podría asegurarse la jubilación. Aquel día había sido como sumergirse en un océano profundo. Todo había vuelto: los nervios, el deseo…

«Si por lo menos ella no hubiera mencionado la palabra "sexo"...». En realidad, ella no había mencionado el sexo para nada. Sólo había pronunciado la palabra «por las noches». La imaginación de David había hecho el resto. Deseaba sinceramente que no estuvieran en un aeropuerto. No hacía más

que preguntarse si la falda se le levantaría tan fácilmente como parecía para poder acariciarle los muslos. Piel tostada, cremosa, suave... Piel deliciosa frotándose contra la de él...

Mientras trataba de evitar mirarle la piel, levantó los ojos y se encontró de pleno con el pecho de Ashley. Muchas curvas ahí también. Después de eso, apartó la mirada y se encontró con los ojos de Junior. El niño parecía saber lo que él estaba pensando. A una altitud de treinta mil pies, no le iba a resultar mucho más fácil. Era mejor concentrarse en otras cosas menos excitantes. Junior le lanzó un bloque de Lego.

Cosas como la supervivencia.

Dos horas más tarde seguían sin despegar. Estaban esperando o una pieza nueva u otro avión. Los pilotos no parecían estar seguros de qué era lo que iba a llegar primero, pero seguían pensando que iban a despegar aquella noche. A la luz de aquellos hechos, hacía mucho que Ashley había abandonado su miedo a volar. Resultaba evidente que no iban a marcharse a ningún sitio, al menos en los próximos minutos.

Tenía el muslo apretado contra el de David. El de él era fuerte. Los brazos tampoco estaban mal. Hacía treinta minutos que se había remangado y a ella le resultaba imposible apartar la mirada de aquellos bíceps. Era un hombre fuerte y corpulento, tal vez demasiado para un asiento de avión. Sus brazos no hacían más que rozar los de ella, provocándole pequeñas descargas eléctricas.

Además, él no se lo estaba poniendo demasiado fácil. La conversación había cesado hacía media hora y ella lo había sorprendido mirándole el pecho, momento en el que los dos apartaron cortésmente la mirada.

Ashley no hacía más que cruzar y descruzar las piernas. Sentía unos profundos deseos de pedirle que se reuniera con ella en el cuarto de baño. Sacó una revista para tratar de distraerse, pero no lo consiguió.

Lo único que sí conseguía que dejara de prestarle atención era Junior, lo que decía mucho sobre lo desesperada que se encontraba. Observó cómo el niño escribía algo sobre la mano de David y luego contó las veces que el pequeño correteó por el pasillo, tratando de no fijarse en el ligero abultamiento que David tenía en los pantalones.

Pasaron otros treinta minutos. Las azafatas comenzaron a repartir unas bebidas. Alcohol, el más potente afrodisíaco. Cuando las azafatas se detuvieron en su fila, David negó con la cabeza. Ashley hizo lo mismo, mientras que los padres de Junior optaron por un vodka con tónica doble cada uno.

En el exterior, las luces del aeropuerto estaban comenzando a hacerse más tenues. Si bajaba un poco la mano, le tocaría el muslo. Si tenía cuidado, incluso parecería un accidente.

Junior derramó un poco de zumo de naranja en los pantalones de David. Éste se hizo rápidamente hacia un lado y se produjo un rápido intercambio de contactos. La mano de él, el pecho de ella, el muslo de él... Mientras tanto, la madre de Junior

trataba de disculparse. Los pezones de Ashley se irguieron, como si fueran ellos los que estaban listos para despegar.

Poco después de que los pechos de Ashley volvieran a la normalidad, el capitán anunció lo que todos estaban esperando.

—Señoras y caballeros, lo hemos intentado. Las condiciones meteorológicas en Nueva York son malas y no hemos podido conseguir el avión que estábamos esperando. En cuanto a la pieza, no podrá llegar aquí hasta mañana. Por lo tanto, siento mucho decirles que no vamos a ir a ninguna parte. Si alguno de ustedes necesita alojamiento en el aeropuerto, una azafata podrá darles los detalles pertinentes.

Un hotel. De repente, la palabra adquirió nuevas connotaciones. Un hotel implicaba una cama, intimidad, algo mucho más cómodo que un pequeño cuarto de baño diseñado por Boeing. Un hotel implicaba sexo.

Las luces se encendieron y todos los pasajeros comenzaron a levantarse. Todos iban quejándose y protestando, pero Ashley se sentía muy feliz. No quería mirar a David. No quería asumir nada. Principalmente, no quería comportarse como si no supiera lo que estaba haciendo. Después de todo, era una mujer madura, adulta, y después de estar ocho horas sentada junto a él, sentía que podría explotar con tan sólo una caricia.

David se volvió a mirarla e inclinó ligeramente la cabeza. Ashley lo miró a los ojos. Las sensaciones fueron muy carnales. Ella se lamió los labios

mientras David seguía el movimiento de la lengua. Los dos sabían lo que querían.

Él se inclinó sobre ella y le colocó la boca cerca de la oreja.

—Deberías saber que, en estos momentos, soy un hombre muy feliz.

—Me alegro...

Iba a tener relaciones sexuales con David. Iba a quitarle la camisa, a sentir los músculos de su torso desnudo apretándose contra su pecho. Le arrancaría los calzoncillos. Su instinto le decía que serían blancos, apretados, con el miembro viril destacándose claramente. Entonces, por fin, él se hundiría en ella, llenándola plenamente...

Sintió que los músculos se le contraían una. Dos veces. La boca se le tensó. Miró a David y vio que él le estaba observando. Sus ojos eran casi negros.

Ashley asintió una vez.

—Creo que tenemos que irnos. Ahora.

David agarró el equipaje de mano de ambos y los dos echaron a correr por el aeropuerto. Las zapatillas de conejito de Ashley cooperaron adecuadamente.

3

La primera parada fue el quiosco de prensa para comprar preservativos.

¡Preservativos!

«No me puedo creer que estés ahí viendo cómo ese hombre compra preservativos. Es decir, me alegro y todo esto, pero, ¿y si es un asesino en serie? Esto no es muy inteligente. ¿Qué es lo que sabes sobre ese hombre?»

«Sé lo suficiente como para querer acostarme con él, no para dormir, sino para tener relaciones sexuales. Quiero besarlo. Me gusta ver cómo los ojos se le ponen oscuros de deseo. Te sorprendería saber lo que una averigua sobre un hombre cuando se está atrapada a su lado en un avión durante ocho horas. No es un asesino en serie».

«Esto es tu entierro».

«Cállate, Val. Tú no estás aquí y él sí».

Ashley sacó los zapatos del equipaje de mano y se quitó las zapatillas. No iba a necesitarlas hasta el día siguiente.

Después de unos minutos casi eternos, David regresó de nuevo a su lado. Estaba ligeramente sonrojado. No parecía la clase de hombre que estaba acostumbrado a comprar preservativos en el aeropuerto. Por supuesto, tampoco parecía un asesino en serie.

—No llevo —dijo a modo de disculpa.

—Lo comprendo —replicó ella. Entonces, decidió que era mejor no seguir hablando del tema.

El traslado al hotel fue rápido y silencioso. De hecho, los llevó a su destino demasiado rápidamente. David no la tocó. No tenía que hacerlo. Ella podía sentirlo, notar sus ojos, leer sus pensamientos.

Cuando llegaron al hotel, David tomó el equipaje de mano de Ashley. Le rozó el brazo con el suyo y provocó que ella se sobresaltara. Ashley se sentía muy excitada.

En recepción, David se ocupó de conseguir una habitación. Segundos más tarde, regresó a su lado. Había llegado el momento.

—No tienes muy buen aspecto. ¿Quieres beber algo? Podemos charlar un poco más —dijo él.

—Deberíamos tomarnos una copa —admitió ella, aunque se moría de ganas por subir a la habitación.

Se dirigieron al bar del hotel, un lugar oscuro, íntimo y elegante, con enormes y cómodos sillones y un imponente espejo en la pared.

—Yo tomaré un tequila doble —le dijo Ashley al camarero.

—Que sean dos —añadió David.

Mientras él esperaba las copas, Ashley se fue a buscar dos butacas que quedaran lejos de la barra, pero no del espejo. David se reunió con ella y dejó las copas sobre la mesa. Entonces, se sentó a su lado.

—Deberías saber que he recibido clases de conducción en situaciones de peligro, he estado casado sólo una vez, no tengo enfermedades contagiosas ni que se transmitan sexualmente y jamás ligo con mujeres desconocidas en los aeropuertos.

Por alguna razón, esas palabras hicieron que Ashley se sintiera mucho mejor.

—Yo tampoco. Bueno, es decir, en mi caso, hombres. Jamás ligo con hombres desconocidos en los aeropuertos —dijo ella. Tras pronunciar estas palabras, se lamió la sal que se le había quedado pegada a los labios.

David se inclinó sobre ella y le besó la comisura de la boca.

—Sabe a sal...

—Sí —respondió ella automáticamente sin dejar de mirar la de él. Tenía una bonita boca.

Ashley se tomó un buen trago de tequila.

—Si pensaras que me estoy mostrando demasiado lanzada, me lo dirías,¿verdad?

—Por supuesto —mintió él.

—Qué estupidez...

—Podemos pedir dos habitaciones —sugirió él. Era la viva imagen del hombre que se moría por tener relaciones sexuales, pero que ansía mostrarse ético.

Ashley miró a David y se decidió inmediatamente. No tuvo duda alguna.

—Quiero tener relaciones sexuales contigo. Quiero hacer algo nuevo y excitante, al menos una vez antes de morirme, seguramente en un accidente aéreo. El sexo con desconocidos es muy excitante...

—¿Sexo con desconocidos?

—Sí, bueno, ya sabes. Lo desconocido, lo prohibido.

Se miró en el espejo. Parecía la misma, pero, al mismo tiempo, era diferente. Tenía una expresión salvaje en los ojos. Entonces, se dejó llevar por completo y lo besó. Una vez. En la comisura de la boca.

Luego, colocó los labios plenamente sobre los suyos.

Fue casi un beso. Una suave presión. Un intercambio de alientos. No era suficiente.

Mágicamente, se convirtió en un beso lleno de pasión.

David McLean besaba estupendamente. Era sincero, ansioso, y era así como la hacía sentirse a ella. Se olvidó del espejo, de la habitación del hotel, y se centró sólo en una cosa: en el modo perfecto en el que la lengua de él encajaba perfectamente con la suya.

David sabía a sal, a lima y a sexo cálido y sudoroso. Tal vez esa última apreciación era sólo la opinión de su subconsciente o la provocaba la humedad que se le había ido formando entre las piernas, pero no lo creía. Se acercó un poco más a él, ejerciendo de seductora. Cuando él le agarró la mandí-

bula, la inmovilizó mientras aquella lengua mágica entraba y salía libremente intensificando el placer que sentía entre las piernas.

Cuando David rompió por fin el beso, los ojos color avellana estaban oscuros y tenían una mirada somnolienta e irresistible.

—¿Dos habitaciones? —preguntó él. Ashley negó con la cabeza sin dudarlo ni un instante.

Se dirigieron a los ascensores sin tocarse. Ella no quería tocarlo en aquel momento. Un roce físico implicaba combustión y ni el vestíbulo ni el ascensor de un hotel eran el lugar adecuado para ello.

Ni para Ashley ni, aparentemente, para David.

«Ya no hay vuelta atrás, Ash. Estás segura de que no es un asesino en serie, ¿verdad? ¿Y si te estrangula o algo así?

David la miró. Su hambrienta mirada volvió a centrarse en su boca.

Ashley ordenó inmediatamente a las voces que se callaran.

Mientras trataba de introducir la tarjeta llave en la cerradura, David notó que le temblaba la mano. Cuando por fin abrió la puerta, se dijo que debía tomarse las cosas con calma. Entonces, decidió dejar a un lado tanta cautela. Agarró inmediatamente a Ashley y cerró la puerta de una patada.

Ella le enredó las manos en el cabello y lo estrechó contra su cuerpo. Juntos, se dirigieron a trompicones hacia la cama. Aquella actitud no era propia de él. Entonces, ¿quién era el hombre que le

quitaba la camiseta y le subía la falta a Ashley antes de apoderarse de nuevo de su boca?

Y qué boca...

Ashley besaba tal y como vestía. No del todo elegantemente, pero con osadía y atrevimiento. David oyó un gemido. Había sido ella.

Se tumbó encima de ella sobre la cama sin ningún miramiento, pero, por suerte, a ella no pareció importarle. Le enredó las piernas alrededor de la cintura, ofreciéndose a él mientras las manos le volaban a la bragueta. Los senos se apretaban contra el torso de él, suaves montículos cubiertos de algodón blanco. Ansiaba apartar el sujetador para poder ver...

De repente, la habitación comenzó a temblar. ¿Qué había sido eso? Oyó el motor de un avión y recordó que estaban en el aeropuerto. Tenía que permanecer tranquilo.

Un preservativo. Demonios, necesitaba un preservativo.

—Espera...

Necesitaba controlarse, respirar. Bajo la tenue luz de la lámpara de la mesilla de noche, vio que ella lo observaba, con la ropa descolocada, dejando ya al descubierto más piel de la que ocultaba. Y qué piel. Oro y rosa mezclados como si fuera madreperla. Llevaba braguitas de algodón. Con lo que le gustaba a él el algodón blanco. Le resultaba muy sensual. Como ella.

Mientras le quitaba el sujetador, las manos le temblaban. Parecía que no tuviera experiencia alguna.

«Tranquilízate. Va a pensar que hace meses que no haces esto...».

Y estaría en lo cierto, pero no quería darle publicidad al hecho.

Abrió el paquete tal y como se suponía que tenía que abrirse. Entonces...

—Permíteme a mí —susurró ella, con voz ronca y sensual. Aquella mujer, que viajaba con zapatillas de conejitos, que temblaba desesperadamente a los diez mil pies, parecía en aquellos momentos más poderosa que una reina guerrera.

Oh, no... Aquellas hábiles manos le habían agarrado el miembro viril, provocándole una descarga de diez mil voltios. «Concéntrate en otra cosa. En los pechos, por ejemplo».

No funcionó. No iba a durar. Iba a explotar y todo iba a terminar allí mismo.

Ni hablar.

La empujó sobre los almohadones con cierta brusquedad y entonces...

Sí.

Ashley estaba tensa y húmeda. David abrió los ojos y miró los de ella. Tragó saliva. ¿Cómo había podido olvidar que el sexo pudiera ser tan maravilloso?

—Oh...

Ashley sonrió. Le pareció una sonrisa maravillosa. Se alegró mucho del fallo mecánico del avión. Estar así, con ella, merecía la pena. Comenzó a moverse dentro de ella, hundiéndose cada vez más. La sonrisa de Ashley se convirtió en un gesto serio. Entonces, él ya no pudo seguir pensando. La biología, el deseo y el sexo se hicieron cargo.

Se hundió en ella profundamente. Ella tenía las pupilas dilatadas y la boca... la boca era exactamente como él había imaginado. No, era mejor aún. Ashley trataba de hablar, pero no podía. Le arañaba la espalda con las uñas y después el trasero. Aquel fue el dolor más placentero que David hubo disfrutado nunca.

Sabía que debía hacer más por ella, estimularla y tocarla, pero su cuerpo se movía como guiado por un piloto automático, moviéndose rápida y duramente. A ella no parecía importarle. Le había colocado las manos en los hombros y tiraba de él sin delicadeza alguna. David jamás había tenido una experiencia sexual tan placentera ni arrebatadora en toda su vida.

Despegó otro avión y la cama volvió a moverse, sólo que en aquella ocasión no fue por los motores. La habitación no dejó de dar vueltas hasta casi una hora después, cuando ya no despegaba ningún avión más.

¿Sexo con desconocidos? ¿Era eso lo que significaban aquellas tres palabras? Iban a tener que volver a hacerlo.

Ashley rodó hacia el borde de la cama. Una no se acurrucaba junto a un hombre al que hacía menos de veinticuatro horas que conocía. En realidad, una mujer no suele compartir la habitación de un hotel con un hombre al que hace tan poco tiempo que conoce, pero en ese caso, después de dos horas, creía que podía relajar un poco tan firmes reglas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él acercándose a ella. Estaban tan cerca, tan desnudos, aunque en realidad no lo estaban del todo...

—Sí —respondió ella.

—¿Cómo de bien? —insistió él.

—Muy bien...

—Me alegro. Yo nunca había hecho algo como esto y es... No sé... Es simplemente, genial.

—Es cierto —susurró ella. David asintió y ella sonrió—. ¿Por qué no es siempre así? —preguntó, sin comprender por qué aquel encuentro sexual había sido diferente. ¿Por qué él, en aquella habitación y en aquel momento? Tal vez la razón era que hacía casi dos años que no tenía relaciones sexuales.

—No es siempre así porque no todos los hombres son como yo —comentó entre carcajadas—. Sea lo que sea, no es por el ambiente —añadió, mirando a la aburrida decoración de hotel de aeropuerto que había en la habitación.

Ella sabía que David tenía razón. Entonces, tiró de la sábana para taparse el pecho discretamente. David McLean, por el contrario, no se mostraba en absoluto tímido. Tenía las piernas fuertes, bronceadas… Un trasero suave, firme... como el...

¿De qué estaban hablando? Tenía que centrarse en la conversación.

—¿Por qué ha sido tan especial? Si te conociera mejor, ¿desaparecería la magia?

—La magia nunca dura. Yo he tenido algunas primeras citas maravillosas y luego, cuando uno llega a la tercera, se pone a pensar en quién será esa persona.

—Es cierto —admitió ella, acurrucándose por fin junto a él—. La familiaridad. A partir de ese momento todo cae en picado...

—Gracias —dijo él, de repente.

—¿Gracias por qué?

—Por hacer esto. Por quedarte conmigo esta noche. Me siento muy bien. Como si pudiera correr una maratón. Vivo o, al menos, no tan muerto. No sabía que podía tener relaciones sexuales con una desconocida en la habitación de un hotel sin sentirme culpable. Sin tratar de analizarlo todo.

—Estás analizándolo todo.

—Es deformación profesional —afirmó él. Se reclinó sobre las almohadas y suspiró—. No debería resultar tan difícil volver a empezar. Sólo una cita. Para mí, ése es el Santo Grial. Quiero encontrar una mujer con la que salir y pasar una velada agradable. Conversar un poco, divertirme.

—Estoy segura de que hay cientos de mujeres que quieren salir contigo.

—Desgraciadamente, parece que todas las mujeres que conozco son raras, neuróticas o demasiado necesitadas. O tienen dieciocho años. Yo tengo ciertas condiciones.

—Pues siento que no hayas tenido suerte. Todo eso tiene que ver con los estrógenos... menos lo de tener dieciocho años. ¿Has probado en Internet? Una amiga mía conoció a su esposo en la red.

—La gente normal no hace esas cosas, ¿no te parece?

—Ya no es así —afirmó Ashley—. Todo el mundo está demasiado ocupado para salir y cono-

cer a otras personas con la esperanza de conocer al... Elegido. O a la Elegida.

David no parecía estar muy convencido.

—Un servicio de citas. A mí me suena algo frustrante

—Anímate. Estoy segura de que las mujeres se pelearán por ti.

—¿De verdad te parece una buena opción?

—Sí.

—¿Y me juras que los que se apuntan son personas normales?

—Por mi honor como profesional de la moda.

—No sé...

—Pruébalo —lo animó ella. David necesitaba encontrar a una mujer que supiera apreciarlo.

Después de un momento de consideración, él suspiró y asintió.

—Lo haré. Sólo para probarlo. Me has animado.

Tras haber decidido aquel punto, David la miró y ella volvió a sentir un profundo hormigueo por el cuerpo. Eso no era valor, no señor, sino lujuria. Ashley le daba valor a él. David le daba lujuria. La ecuación no parecía estar muy equilibrada.

—Tú también deberías hacerlo —añadió él.

Ashley no quería salir con un hombre. Tenía frente a ella lo único que deseaba. Un hombre alto, fuerte y completamente desnudo en la cama. Jamás se hubiera creído capaz de hacer algo así

—Yo no quiero tener una cita. Quiero una aventura.

—Deberías vivir en Nueva York. Si vivieras en Nueva York, yo tendría una aventura contigo.

—No, gracias. Yo no me voy a mover de Chicago. Aunque tenga que marcharme mañana a Los Ángeles, siempre regresaré a Chicago.

Mientras Ashley analizaba lo que acababa de decir, se produjo un profundo silencio entre ellos. Eran completos desconocidos. Ni siquiera vivían en el mismo estado. Después de aquel viaje a Los Ángeles, ella no volvería a verlo jamás.

—¿Te apetecería que cenáramos juntos en Los Ángeles? —preguntó él.

—¿No te parece que estaríamos tentando al destino?

—¿Sólo por cenar juntos?

—Por el hecho de tener una cita. ¿Y si eso destruye la chispa que ha saltado entre nosotros? ¿Y si el único modo de experimentar algo así es reunirse en la habitación de un hotel perdiéndonos por completo en un instante de salvaje abandono?

—¿Se te ha ocurrido todo eso sólo por un tequila y un coito?

—No. He estado pensando.

—¿Has podido pensar? Yo no. ¿Y por qué lo has hecho?

—No he pensado antes. Lo estoy haciendo ahora. Yo creo que la situación se merece cierta consideración.

—Está bien. Reúnete conmigo en una habitación de un hotel de Los Ángeles. El Chateau Marmont. Podemos ser el señor y la señora Jones. Así pondremos a prueba esta teoría.

—Podríamos intercambiar simplemente el nú-

mero de una habitación de hotel. Entonces, yo podría llamar tres veces a la puerta y...

—Sí. O simplemente podríamos reunirnos en el vestíbulo —dijo él con tono práctico.

—Eres demasiado pragmático. En eso no existe en absoluto sentimiento de aventura.

—¿Y esto me lo dice una mujer que lleva zapatillas de conejito?

—Ahora no —replicó ella levantando un pie.

—Piel desnuda. Muy seductora...

—¿Tú crees? —susurró ella levantando de nuevo el pie.

—Sí. Tienes unos pies muy sensuales. Estuve observándolos en el avión.

—¿De verdad crees que mis pies son sensuales? No te irás a poner ahora en plan raro y vas a empezar a querer chuparme los dedos de los pies, ¿verdad?

David debía tener algún defecto. Eso lo explicaría todo. Afortunadamente, él pareció horrorizado.

—No, pero podría empezar por el empeine del pie e ir subiendo a ver dónde termino.

Ashley miró fijamente al apéndice que tanto interés había despertado.

—Eso suena... excitante.

—Antes, siento no haberte buscado tus puntos de placer, pero me dejé llevar. Resultaba tan agradable… Creo que no cumplí adecuadamente con mis deberes como hombre.

—Pues adelante —dijo ella, agitando los dedos de los pies—. Cumple con tu deber, mi esclavo de placer.

David le tomó un pie y comenzó a besarle suavemente el puente haciendo que ella soltara la carcajada. Cuando subió hasta las pantorrillas, las cosquillas se transformaron en una sensación muy diferente. Un hormigueo cálido entre las piernas.

—Oh... —murmuró ella—. ¿Tienes más preservativos?

—Una caja entera. Ahora, deja que reanude mis tareas...

Ashley se dejó caer sobre las almohadas. En el momento en el que los labios de David le tocaron la parte interior del muslo, dejó de reír. Ya sólo se escucharon suspiros y respiraciones entrecortadas. Ella sonaba plenamente como una mujer a la que le están tocando muy placenteramente todos sus puntos erógenos. En ocasiones dos veces.

—Me alegra mucho que compraras una caja entera...

David comenzó a besarle en la parte posterior de la rodilla y siguió subiendo a una firme, pero adecuada velocidad para procurarle a Ashley un orgasmo.

«Ash, eres demasiado fácil».

«Cállate, Val».